

## RESEÑA

### Antonio González-Guerrero: Génesis del recuerdo, Madrid, Agrupación Hispana de Escritores, 1985.

José María FERNANDEZ GUTIÉRREZ

Antonio González-Guerrero tiene ya publicados cinco libros de creación: *El peso de mi sombra*, *Los tres estados del alma* y *otros relatos*, *No le pongas grilletos a la aurora*, *Amalur* y el que ahora nos ocupa.

Esta es la segunda reseña que publica sobre sus libros el que suscribe estas líneas. La anterior, referida a *Amalur*, y aparecida también en páginas de «Universitas Tarraconensis», la escribí con el convencimiento de que por los poemas de González Guerrero circulaba una vena poética honda y singular. No parece que anduviera muy desacertado en mis apreciaciones. Lázaro Carreter ha afirmado que «prolonga la recia trayectoria de la poesía leonesa, la de Crémer y Nora».

El nuevo libro, *Génesis del recuerdo*, confirma nuestras críticas. Es un libro de poesía nuevo, difícil porque tras la perfección de la arquitectura léxica hay toda una concepción del mundo, de la poesía y de la geografía integrada por el poeta para conformar su personalidad, como hombre y como escritor.

En *Génesis del recuerdo*, la poesía tiene una función que corre paralela a la de la creación del mundo por Dios, según relata la Biblia. La poesía llena los huecos, todos los huecos de un mundo vacío; es la antítesis de la soledad y hace habitable un universo vacío:

«En el comienzo sólo existía el aire,  
y Yahveh, Dios del viento, lo convirtió en poema».

González-Guerrero, con una prudencia que corre pareja con su sabiduría poética, no se atribuye esta función, esta génesis de las cosas; la deja en manos de un fecundo dios del viento, que en realidad, no es otro que el poeta. Pero tiene la delicadeza de no decirlo taxativamente.

Como el poeta va llenando los huecos, las ilusiones perdidas y encontradas, es sumamente respetuoso con el amor y la tierra que ha visto echar raíces al amor, a su amor:

«Es invierno en mi casa. El horno está vacío.  
La higuera permanece tatuada de gorriones,  
y suspiran los corzos en las retamas secas,  
y el alcornoque gime sobre la piedra blanca.  
Las noches de Castilla sin ti, con más negrura,  
penetran hasta el torpe cayado de los huesos,  
y siente el alma romos aullidos de rapiña  
por el dintel nevado de su dolor insomne».

Además, al lado de este amor sentido en profundidad, de esta geografía de Castilla, fundida con la esencia del poeta, existe una vena que combina los elementos anteriores con la armonía y la ligereza de la canción de versos cortos:

«Pero tú,  
espérame a las siete,  
cuando descansa el sol  
entre las ramas y es aurora  
sobre el crepúsculo del trigo.

Tú  
espérame en la alcoba  
con la cortina echada,  
y cuida de los niños y mis versos.»